



Puente Genil, Iglesia de Ntra. Sra. De la Asunción, Domingo de Ramos del año 2005

Queridos hermanos:

Permitid que comience con el agradecimiento a mi presentador. Y es que cuando ante nosotros, mis hermanos y mis amigos, abro el corazón, no hago sino volcar lo poquito que mis limitadas capacidades han logrado aprender de mi maestro. Hoy recuerdo especialmente los tiempos felices de la infancia y la juventud en que eras el espejo en el que miraba, el patrón con el que mis ansias de llegar a ser un buen mananero. ¿Recuerdas las siestas de los años setenta, cuando dabas clases en el salón del cuartel de la Espina y, para entretenerme, me dejabas tocar el tambor, o cuando me recitabas “La pedrada” de Gabriel y Galán para dormirme? ¿Y las luminosas cuaresmas en Córdoba, aprendiendo letras de cuarteras, o las veladas en La Espina? Tantos años bebiendo de tus fuentes que hoy sólo puedo abrazarte con las alas del corazón y decirte ¡gracias!

Gracias a los que me permitieron aprender de sus experiencias, a los que guiaron mi camino cuando era un arbolillo joven. Y, especialmente, a mis hermanos de Las Caídas, que soñaron conmigo ilusiones juveniles y que siempre mantienen viva la llama del amor fraterno. Gracias a mi familia, por ser una fuente inagotable de cariño y amor.

Gracias a mi corporación, La espina, encarnada en la figura de nuestro decano, Alfonso Cruz, ejemplo para todos, y también a mis hermanitos Alejandro Reina y Manolo Estepa, que acuden a mí sin preguntar siempre que les llamo; al Coro, a Rafa Misas, a Perico Rivas y al cariñoso hermanito presidente de la Agrupación, Juan Fernando García, por la ayuda de estos días en la preparación de todo lo que conlleva un pregón de Semana Santa. A mis hermanos Jesús Chifarri padre e hijo, herederos de una raza de mananeros buenos. A Ester Alfaro, Angelita Fernández, Ana Romero, Sara Alfaro, Lola Delgado, Inmaculada Ruiz, Pili Venegas, María López, Silvia Arianna Fernández, José Torres, Laly Tabares, Lucas Baena, Antonio Ángel Pino, Tete Delgado, Jesús Ruiz, Eugenio Valdés y Pablo Cabello, por estar allá arriba echándome una mano y prestándome sus voces y su amor por nuestras tradiciones. También a Javier Velasco Carvajal, a Miguel Velasco Ruiz y a Ibán Fernández Reina, por cuyas venas corren las sangres más sentidas de nuestra Semana Santa y están conmigo siempre que los necesito. Como no, a mi hermano del alma Rafa Sánchez, porque sin él no se entendería nada de lo que soy y por ser el bastión más fuerte de lo que se encierra en el amor a Puente Genil. Es para mí un honor y una inmensa alegría poder compartir esta mañana de gozo con todos ellos.

Gracias a todos los que tenéis la gentileza de sentaros a escuchar lo que mi corazón os dice. Ese corazón que os habla quiero ofrecérselo a tres personas muy queridas, gracias a las cuales estoy hoy aquí: a mi madre, que siempre está velando por mí, y a los que fueron el salvavidas que me lanzó la Providencia cuando el barco de mi vida y mi salud hacía aguas y se hundía: mi hermana Adela y mi hermano Jesús Ruiz García. Es seguro que si el Terrible no los

hubiese puesto en mi camino hoy quizás sería sólo un recuerdo del pasado. En ellos tres he pensado durante estos últimos meses en los que, intensamente, he querido volcar mis sentimientos. A ellos dedico este pregón. A ellos pago con el grito de mi sangre, humildemente, lo mucho que les debo...

Ante todo, pido que, como hermanos unidos por el Mandamiento Nuevo de Jesús, me sepáis perdonar si en mi torpeza no alcanzo a tocaros las fibras del alma. Perdonad el atrevimiento de este humilde hermano que a vuestro benevolente juicio se somete.

LOS SONIDOS DE LA SEMANA SANTA DE PUENTE GENIL

Hablar de la Semana Santa de Puente Genil es hacer referencia a ancestrales tradiciones y al culto a la memoria de los que se fueron. Es el estallido primaveral que embriaga los sentidos, que los llena plenamente de sensaciones enriquecedoras. Es gusto en sus vinos generosos, que encienden el fuego de la fraternidad. Es olfato en aromas de cera, incienso, dulces, flores, hierba fresca, pólvora de cohetes y bengalas... Es tacto en el terciopelo de los mantos, en el raso de las ropas de figura, en el cartón piedra que nos besa la cara al ponernos los rostrillos, en el peso casi sagrado de los varales y trabajaderas o en los abrazos fraternales. Es vista en la multicolor explosión de los pasos, en las lágrimas de las Vírgenes, en la sangre de los Cristos, en la abigarrada amalgama de picoruchos, bengalas, estandartes, figuras, plumeros... ¡Y es sonidos! La Semana Santa pontana es, ante todo, sonidos. Por eso, quiero basar mi pregón en los sonidos de la Semana Santa de Puente Genil, relacionándolos con algunos hombres o grupos de ellos que, con su grandeza de espíritu o singularidad, han calado en mi ánimo y, además, han dejado su impronta en algún momento de nuestra historia.

Desde el punto de vista religioso, que es y debe ser siempre el trasfondo que mueva nuestras tradiciones, la Semana Santa de Puente Genil quedó definida magistralmente hace un siglo con dos sonidos, dos músicas: un poema cantado y un pasodoble. Un poema:

“Nuncio de paz y de amores
bajó el Divino Jesús,
por salvar los pecadores
desde el Cielo hasta la Cruz.
Porque así nos quiso enseñar
que hay un Dios en quien creer,
y una vida que perder
y una Gloria que ganar”

Cuando, en el quinario en honor del Santo Sepulcro, la Schola Cantorum entona esta rancia copla, estamos asistiendo a la afirmación pontana de la creencia en el mensaje de salvación de Jesús Nazareno.

Al caer la tarde del Viernes Santo, cuando Los Romanos bajen con el luto en los plumeros, el Grupo de Música irá tocando el “Gloria al Muerto”, expresión popular de la alegría de saber que el que parece muerto ha vencido al pecado y va a resucitar...

Dos músicas, una cantada y otra interpretada, que manaron de las fuentes de las que parte la historia de la música religiosa de Puente Genil: Miguel Gant y Miguel Romero. El

maestro de capilla y el poeta de lo popular. Los creadores de una tradición que tiene visos de eternidad.

Quando, en los años sesenta del siglo XIX, un sastre procedente de Valencia, Miguel Gant Fernández, llegó a Puente Genil, no podía imaginar que su sangre iba a ser la semilla del sentimiento. De su inspiración nacieron los mejores pasodobles, las mejores coplas y las oraciones más devotas que hayan visto la luz en La Puente.

Quizás su afición a la música se vio acrecentada al escuchar los embriagadores cantos del Genil, del viento entre los juncos, de las cálidas y lentas tardes de primavera en que las campanas, placidamente, llamaban a la oración. Seguro que en esos sonidos vio parte de la obra de Dios. Con el tiempo, fue nombrado maestro de capilla de la Purificación (o “sorchantre”, como lo llamamos aquí) y, además, formó una academia en la que los niños aprendían piano, violín, viento... De su escuela nacieron los grandes músicos de nuestra tierra. De su mente nació la idea de cantar en los cultos de la cuaresma con composiciones propias. Y así formó unos coros con voces de mujer que cantaban a las Vírgenes de las Angustias y la Soledad. De aquella manera sencilla y humilde, fue el primero en dar a la mujer un lugar de relevancia en nuestra Semana Santa. Aquellas muchachas, primeras mananteras, dejaron sus voces en el cielo de nuestra historia. Y fueron madres y abuelas de grandes mananteros. Ellas fueron las que, calladamente, mostraron el camino de cómo debe ser la irremisible y necesaria incorporación de la mujer a nuestra Semana Santa: de forma natural, sin reivindicaciones ni revoluciones, entrando por la fuerza del amor fraternal. Porque ellas, en la pureza de sus miradas, llevan el sello de la lealtad a Jesús, al que no abandonaron cuando los hombres huían... Benditas mujeres de la Semana Santa!

Quisiera que me acompañarais en mis sueños románticos. ¿Quién no ha imaginado poder introducirse en el túnel del tiempo para contemplar otras épocas? Yo os invito a que cerréis los ojos y que voléis por mi ensoñación para llegar a aquellos años en los que el maestro Gant componía sus primeras plegarias, sus primeras coplas. ¿No lo veis sentado en su desván de nudosas vigas de madera, mientras en las calles llueve? ¿Veis el brasero de picón y las blancas volutas de alhucema? ¿No veis cómo va llorando cada nota que plasma en el pentagrama, cómo su piano va estallando en cada sonido en un ¡viva la Virgen de las Angustias!/? ¡Quién pudiera entrar en su mente y ver los sentimientos que atravesaban su cabeza!

En tarde gris, sombría del invierno
el tiempo se detiene, se hace eterno.
El aire tiene ensueños de campana,
rumores de añoranza. Tiende el velo
de nubes con su lluvia el negro cielo
que besa con sus gotas la ventana.
Y allí; Miguel, sentado a su piano
compone, llora y toca con la mano
plegaria hacía la Madre en el Calvario.
En la mesa pautadas partículas
que bailan, cual fantasmas, por las velas
del calido y romántico escenario;
refulgente picón en el brasero,
alhucema en el negro pebetero
y un cálamo que danza con las notas.

En el muro colgada una plumilla
pintada en una lámina amarilla
de sombra impresionista y trazas rotas.
Contempla quedamente aquella escena
-En que llora una Pálida Azucena
que lleva con angustia al Hijo yerto-
Buscando con la luz de la mirada
en la carne de Cristo amoratada
una nota para el mágico concierto.
Del músico, la dulce inspiración,
en la suave sequedad del diapasón
va esculpiendo la triste melodía
que en el éter del cielo se adormece
y la luz que va ocultándose parece
impregnarse de azul melancolía.
¡Quién puede conocer los sentimientos,
las penas, los dolores, sufrimientos,
que hicieron que creara la plegaria
que en esa tarde triste, gris y fría
brotara de su alma hacia María
cual rosa delicada y pasionaria!

PLEGARIA A LA VIRGEN DE LAS ANGSTIAS

A la sombra mortal de un madero,
de María en el suave regazo,
yace muerto el divino Jesús
en la cima del monte Calvario.
Y los cielos se tiñen de noche,
vibra el mundo temblando de espanto,
y los velos que guardan el Arca
como frágil cristal se han rasgado.
Dice el viento su canto de muerte,
niega el sol con tristeza sus rayos
y la luna se asoma y parece
que estas gotas de sangre llorando.
¡Oh, María, qué grande la angustia
viendo el sino del Hijo sagrado,
Oh, María, protege a los hombres
que a tus pies se arrodillan rezando!

Solista: Rafael Sánchez Pérez
Piano: Silvia Arianna Fernández
Violín: Eugenio Valdés
Flauta: Pablo Cabello

Plegaria a la Virgen de las Angustias

Pregón Semana Santa 2.005

Para Tenor y Coro

Letra: Carlos Delgado

Música: Rafael Sánchez

Tenor *Adagio*



A la som-bramor-tal de un ma de - ³ - - ro de Ma-ri-a en el sua-ve re-ga - - -



zo ya-ce muer-to el di - vi - no Je - sús ya-ce muer-to el di - vi - no Je - sús



en la ci-ma del mon-te Cal-va - - rio y los cie-los se ti - ñen de no - ³ - -



che, vibra el mundo tem-blan-do dees-pan- - - to y los ve-los que guardan el Ar - ³ - -



ca y los ve-los que guardan el Ar - - - ca co-mo -frá-gil cris-tal se han ras - ga -

Coro



do. Di-ce el vien-to su can-to de muer-te niega el sol con tris-te-za sus ra-yos



y la lu-na sea-so-may pa-re-ce que es-tá go-tas de san-gre llo-ran-do



¡Oh, Ma-ri-a qué gran de la An-gus-tia vien-do el si-no del Hi-jo sa-gra-do



oh, Ma-ri-a pro-te-gea los hom-bres que a tus pies sea-rra - di - llan re - zan - do



Di-ce el que a tus pies sea-rra - di - llan re - zan - do.



LOS SONIDOS DEL VIENTO

Los sonidos del viento en Puente Genil acarician a los mananteros. Porque aquí, al llegar la cuaresma, la brisa canta. Canta poemas religiosos que se enredan en las espadañas de las iglesias, que saltan por las ondas del río, que cristalizan en las risas de los niños de la añorada escolanía del colegio de los Frailes franciscanos, que tienen sueños de armonio suavemente tocado por un frailecillo que la corriente del tiempo arrastró. El viento, a su paso por las calles, nos trae el recuerdo de otras rimas, de otras voces que se fueron. Por eso, el viento en Puente Genil es poeta y en Semana Santa recita versos de los vates que duermen la eternidad junto al Terrible. ¡Quién pulsara la lira de Manuel Reina para describir las noches de cabildo en el siglo XIX! ¡Quién pudiera pintar el mágico silencio de los templos como lo hizo Agustín Rodríguez al cantar al Señor de la Humildad, o fuera Pérez Carrascosa para describir el bullicio de los días de la Semana Santa de principios del siglo XX! ¡Quién tuviera en sus manos el cincel de José Cabello para esculpir con sonetos el rostro del Nazareno! ¡Quién, cual González Estrada, viera a la Virgen de la Soledad vagar por el Jerusalén de los años cincuenta con la toca negra y las lágrimas en los ojos, o se perdiera, cual Ricardo Molina, por la eternidad de La Diana!

En los imaginarios oídos de mis sueños románticos laten los rumores de los poemas que Juan Rejano debió musitar en los silencios de su exilio:

¡Ay noche del Viernes Santo,
noche de noches eternas,
negra de congoja y rezo,
blanca de reminiscencias,
paloma de los recuerdos
bajo un gavilán de penas!

¡Pero quién mejor para describir la distancia y el recuerdo que Miguel Romero! En su pluma dejó Dios parte de su bondad. En los versos, escritos con sangre de nostalgias, plasmó el amor, el grito de la religiosidad popular y los más grandes misterios de la Redención del Hombre. De sus lágrimas nació la fuente de la que diariamente bebemos los mananteros. Con la pena de su lejanía escribió las elegías a la primavera, a la amistad, al amor fraternal y a la añoranza de la Semana Santa más sentidas de la literatura de Puente Genil.

Dicen que nunca más volvió al pueblo de sus amores y sus desvelos, que murió olvidado en la lejanía del Valle de los Pedroches, que sólo un amigo fue a velar su último viaje, que su cuerpo se perdió en el polvo de los tiempos. Eso dice la historia. Pero yo sé que cada Sábado de Cuaresma baja a tocar las campanas de la ermita de Jesús, pasea por las calles y se cuela en los cuarteles. Y allí canta y recita. Yo sé que su espíritu se eleva por las bóvedas de nuestras iglesias, y al reclamo de los tambores arde su corazón etéreo en las bengalas de Los Romanos. Porque contigo compartí penas y alegrías en la cuaresma de 2003, hermano Miguel Romero, porque fuiste mi compañero en algunos momentos de zozobra, porque llegamos a conocernos como amigos de toda la vida, sé que no has muerto ni morirás mientras haya alguien que recite tus poemas o cante tus saetas y coplas.

¡Pintor de la belleza,
poeta de las rimas
más dulces y sensuales

en la memoria escritas;
poeta de las fiestas,
romántico hechicero
que hiciste de tu pluma
laúd, vihuela y cielo;
cantor de las sonrisas,
fugaz cantor, amigo
del río, de la lluvia,
y del fulgor del vino,
de besos y de amores,
de noches con estrellas,
del sol, del firmamento,
de aromas de ribera,
de flores, de jardines,
de tiernas serenatas,
de pechos encendidos
al son de las guitarras;
pintor de la esperanza,
poeta de los besos
que encierran las canciones
a unos ojos negros;
cantor de la cuaresma,
del mágico lamento
que lloran los violines
en el cristiano templo;
poeta de la ausencia,
el vate, el gran proscrito
que llora en una sierra
la pena del olvido:
Marchaste a la añoranza
oscura del destierro
para esperar la muerte,
dolido, entre recuerdos;
mas sé que, aunque a las plantas
del dulce Nazareno
no duerman sus nostalgias
los restos de tu cuerpo,
perfuman cual la rosa
las flores de tus versos,
y tu alma, enamorada
de nuestro hermoso pueblo,
reposa en la Alta Cumbre
su ansiado ensueño eterno.

LOS SONIDOS DEL TIEMPO Y EL AMOR

Cuando todavía la Puente duerma el invierno de los sentidos y la cuaresma esté aún sin despuntar, ya habrá revuelo en los Cielos. Y es que cuando el ángel de las tardes se vuelve perezoso y hace que en éstas la luz empiece a dormirse con parsimonia, los querubes de los

coros celestiales están contentos. Con llamada imperceptible bajaran todos, como siempre, para ser el sonido del tiempo. Porque el tiempo en Puente Genil suena a coplas, a rezos cantados, a plegarias eternas. Del velo del recuerdo volverán para realizar el milagro de todos los años. Y al bajar, el sonido del tiempo será el del amor. Porque la Schola Cantorum, el Coro, representa el sonido del amor. Amor galante en sus habaneras y noches de ronda fuera de la cuaresma; amor fraternal, en sus ratos de hermandad y camaradería; amor a Dios y su Madre, en sus coplas y plegarias; amor a las tradiciones, en sus ancestrales ritos; amor a sus mayores, en sus recuerdos sentidos. Y es que los mayores nos enseñaron que el Coro debe ser y es una escuela de hermandad, con amigos de verdad, de los que te miran con franqueza, te ayudan con el alma y te amparan en su corazón. Que el Coro debe ser y es el Cuartel de Cuarteles, la Hermandad de Hermandades y el servidor de la tradición. Por eso, en cada conversación, en cada broma, en cada anécdota, hay un recuerdo a los que se fueron: Isidro Toledano, José Arcos, Frasquito Tabares, Manuel Dorado, Joaquín Ruiz Jurado, Padre Andrés Orellana, Francisco Cuevas Lira, José Luís García, Joaquín Ruiz Millán, hermanos directores e instrumentistas que dieron sus vidas y sus desvelos para que la Schola alcanzara la pujanza de nuestros días, que dejaron sus horas de ocio y su sangre por la Tradición. Domingo Reina, Pepe Pinto, Pepe Rivas, Antonio Aguilar, Pineda, Jesús Gant y tantos otros cantores que dejaron sus voces en los templos eternos para gloria y honor de Dios. Cada vez que el coro se reúne, brinda y canta por esos que se fueron dejando una estela de amor, de añoranza y de buenos ratos de hermandad. Por eso, con la imaginaria copa que tengo en el corazón, con el vino alegre de la bota del amor, quiero que vosotros, mis hermanos del Coro y mis hermanos de Puente Genil, brindéis conmigo por ellos, por su recuerdo y por el de todos los que se fueron, que es una forma de seguir vivo:

BRINDIS POR LOS QUE SE FUERON

Como ofrenda al Cielo, levantad las copas
para, en su memoria beber y brindar
y que el áureo vino nos llene las bocas
de nostalgia alegre, sentida y sin par.
Que lleguen los brindis que en su honor lanzamos
hasta las alturas donde vive Dios
y cual el incienso oloroso subamos
como sube rauda y devota la voz.
Que todos sepamos, como ellos un día:
amar a la Puente, al hombre y al arte,
absorber con ansia la dulce alegría
y dejar tristezas y penas aparte.
Que cada momento se llene de gloria,
que cada saludo sea abrazo de hermano,
que si gira en contra del tiempo la noria,
sepamos tender, cual cristianos, la mano.
Que nuestros sentidos se inunden de gozo
al henchir el cuerpo de risa y de luz,
que cada vivencia sea un momento hermoso,
que sepamos todos cargar nuestra cruz.
Siguiendo su ejemplo tengamos el alma
como la de un niño: sincera y fugaz;
visión de poeta, del viejo la calma,
la voz como el viento y el gesto de paz;
bebamos la vida como la ambrosía:

confino deleite, con gusto y fruición
desgranando a sorbos la noche y el día,
soñando y queriendo desde el corazón.
¡Brindemos, hermanos, por esos que amaron,
por los que nos dieron su vida y su ejemplo,
por esos amigos que siempre soñaron
en hacer del Coro su luz y su templo.
Como ofrenda al Cielo, levantad las copas
para que al olvido lo venza el presente
que el mosto dorado nos llene las bocas
para vivir su recuerdo eternamente!

LOS SONIDOS DE LA CUARESMA.

Cuando llegue la Cuaresma, Puente Genil despertará. Es una ley no escrita que todos los años sucede en la naturaleza. Y como ente vivo, se llenará de nuevas sensaciones y nuevos ruidos. Quién puede resistirse en una tarde de cuaresma, cuando la luz se va difuminando en el horizonte, a pasear por los rincones del pueblo con parsimonia para asistir a la sinfonía perfecta que la vida entona! Campanas llamando al culto: rumor de rezos y letanías. Cohetes que estallan en el firmamento y que son como hilos de plata que unen presente y pasado. Cuando la tarde se apaga los tambores, roncós o cristalinos. Por las calles discurren los pasos, destartalados y fantasmales, en los que costaleros y bastoneros, cirineos modernos, ensayan el recorrido del día de la procesión. Si pasamos por la Cuesta del Molino, sean cuales sean las condiciones climatológicas, podremos escuchar a los abnegados hermanitos de la Banda del Cristo de los Afligidos ensayando, músicas, que más que melodías son clamores de emoción al Cielo. Cuando, llegado el día de la procesión, luzcan por las calles de La Puente sus solemnes uniformes y su paso cadencioso, el metal será lágrimas y la percusión lamentos. En el fondo del valle del Genil, junto al río, que acompasa su rumor con el de las partituras, los hermanitos del Grupo de Música del Imperio Romano ensayarán ilusionados los nuevos pasodobles. Lo mismo que el Coro, la hermandad de la Música, tiene sus raíces en unos ancestros escritos con notas de sangre en las partituras de la Gloria: Miguel Jesús Gant, Manuel Dorado, José Arcos, Joaquín Ruiz, Tabares, Maestro Pineda, López... pléyade pontana de compositores y músicos veteranos que sembraron unos árboles fuertes que siguen interpretando las mismas marchas, los mismos pasodobles y los mismos salmos...

También se escucharán ecos de cantos que se irán apagando en la lejanía... Es el sonido del .cuartel, del templo de la hermandad. A mi me gusta ir al cuartel en los días perdidos del año. Es como entrar en un oasis, en un remanso de paz en el que, olvidándote del mundo, puedes rezar, llorar, reír, oler, saborear, tocar..., ¡sentir!, todo lo que encierra de bueno entre sus cuatro paredes, todo lo que atesora y conoce de cada hermano.

Especialmente cuando ha pasado la Semana Santa, entro en el cuartel y recorro las estancias vacías de vida, mas preñadas de recuerdos, para adentrarme en ese mágico mundo de mis sueños. Miro a la Vieja, sin patas, y me sonrío con mueca cómplice. Los cuadros de los Santos Titulares tienen flores frescas (que algún devoto hermano se encarga de mantener durante todo el año), pero las lamparillas que los alumbran están dormidas.

El pasado feliz, convertido en imágenes, se me presenta como heraldo de lo que fuimos y lo que debemos transmitir. En esos momentos en los que el tiempo no importa, en los que las

horas pasan como hojas que caen en otoño, con ceremoniosa lentitud, imagino que un día tendré que marcharme para siempre. ¡Quién pudiera pasar una eternidad en la Gloria del Cuartel del Cielo!

Cuando parta y mi cuerpo
se diluya en el río de los años
-Cuando se pierda mi cuerpo
Como débil luz en la rueda de los años-,
Cuando mi recuerdo sea
un trozo de papel colgado en un muro,
cuando sólo sea una uvita brindada al cielo,
pediré a nuestro Dios que, en su eterna grandeza,
me deje bajar al cuartel
porque quiero mi corazón abriros y repartir
para fundirme a vosotros para siempre,
pues tengo en el alma retazos de saeta
prendidos con espinas de amor a vuestra casa.
Cuando llegue cuaresma saltaré por ensalmo,
por milagro de Dios,
para estar con vosotros.
y entonces mis recuerdos arderán en la zarza
como la voz de Dios en la cima,
para siempre, Siempre brillantes.
seré el haz de leña que avive
el fuego fraternal de nuestras tradiciones,
seré la viga de madera que sostenga
la casa de nuestras vivencias,
rostrillo sin facciones
para poder abrazaros eternamente,
para poder reforzar los lazos de hermandad,
para ofrecer las lagrimas del recuerdo
y los golpes de tambor sobre la mesa.
Quiero soñar que los ángeles,
como Jacob,
me bajarán del cielo del cuartel
con escalas tenues y brillantes,
con cantos celestiales repletos de nostalgias.
y seré flor en el patio
para volver a nacer
al llegar el mes de abril.
Entonces vagaré entre vosotros
recitando poemas perdidos.
Mí alma paseará melancólica
por los huecos espacios.
Y cuando un hermano se acerque al cuartel
a escuchar los sonidos del pasado,
podré compartir con él lágrimas y suspiros,
rezos íntimos y confesiones al viento.
Alegre saltaré por los cuadros ajados

para unirme a los que conmigo se fueron,
y podré alumbrar cual inacabable palmatoria
el cuadro de Jesús con siemprevivas.
Y seré vino viejo que encienda el amor fraternal,
cuartelera sentida
y alegre tintineo de las copas.
Siempre estaré en vosotros,
hermanos que me amasteis,
siempre seré una luz junto al cuadro del Terrible.
Siempre, eternamente,
seré un recuerdo en la pared
y una uvita brindada al cielo.

LOS SONIDOS DE LA DEVOCIÓN

Noche del Jueves Santo. Atrás ha quedado la cuaresma. Atrás ha quedado, casi, la Semana. Poco a poco los corazones se están consumiendo de pasión por la Pasión. Las calles se han convirtiendo en el Jerusalén viviente. Así, en sucesión de bellísimas e impresionistas escenas, Jesús fue recibido como un Rey entre palmas, lavó los pies a sus apóstoles, les dio su Cuerpo y su Sangre, padeció la angustia de la soledad en un huerto, fue prendido y abandonado por los que le amaban, azotado, presentado al pueblo, escarnecido y humillado. Pronto se abrazará a la Cruz cual manso cordero, caminará como un débil pabito con el Árbol de los pecados en los hombros y se ofrecerá en sacrificio sangriento para resucitar. Y su Madre, en estos intensos días habrá sido la Guía de Puente Genil, Estrella de nuestro cielo y Reina de los coros de Ángeles, Amor infinito, Consuelo para el pecador, Victoria sobre la muerte, Amargura insufrible, Esperanza de redención. Pronto será Dolor agudo, Madre junto a la verdadera Cruz, Angustiosa Soledad y valle de lágrimas.

Esta noche la suerte del Nazareno está echada. Desde el pórtico de la ermita de la Veracruz Señor de la Columna mira al Cielo que está teñido de reflejos de plata. Noche eterna, noche de contrastes. Noche de la larga espera que pasa como una exhalación. Los sonidos de los vivos se entremezclan con los metálicos sonos de la campanita. Luz en el Cielo, sombra en el alma de Jesús. Bullicio en la calle de Aguilar, silencio en las callejas que sólo rompe el punzante llorar de las cuarteleras. En los cuarteles se mezclan risas y lágrimas. Por las calles oscuras y templadas de luna minarán las corporaciones a hacer las estaciones, con los semblantes serios y los sentimientos a flor de piel. En cada parada, un rezo; en cada rezo, un recuerdo. Silencio, todo quedará en silencio. De las aldeas vendrán las mujeres con sus velas bajo el brazo y las oraciones en los labios. De todos los rincones subirán los devotos con rezos y velas a pasar la noche junto al Sagrario y al calor del Patrón. Guardia perpetua, adoración nocturna, vela sagrada, sopor sacrosanto en la noche romántica de la espera. Ya lo decía aquella evocadora saeta vieja que se perdió como el agua entre las manos:

Ángeles que estáis de guardia
en los Sagrarios eternos:
No durmáis, velad alerta,
¡Que quieren robar los Cielos!

En la noche del Jueves Santo son esos ángeles las mujeres de Puente Genil que, una vez más, acompañan a Jesús en su hora amarga. De nuevo este pregonero dice desde el corazón: benditas las mujeres de la Semana Santa de Puente Genil!

En el cuartel del Imperio los músicos esperan la Diana con la emoción ancestral del rito sagrado. En la orilla del Genil velan sus armas, los instrumentos musicales, como nuevos caballeros de la Tradición. Pronto se oirá, como el eco de un latido, la voz dulce y atiplada de la campanita de Jesús. Pronto el silencio se romperá en mil pedazos. Redobles de tambor, sulfuroso silbar de la bengala que abre el paso a Los Romanos que vienen, con su capitán al frente, con pisadas rasgadas de colores grana, azul, verde, oro, cardenal y tabaco. Al llegar allá arriba, a la cumbre de nuestro mundo, el clamor será silencio, el silencio lágrimas, las lágrimas recuerdo y el recuerdo Diana. Cuando el Nazareno asome bajo el arco y los metales vibren, habrá una inmensa cascada de sonidos que conmoverán los confines del Universo.

El murmullo del Genil en la ribera,
el rumor del agua eterna que se marcha,
el gemido de las norias que se pierden
en albores de colores y fragancias;
el retorno del olor a primavera,
la febril ilusión de nuestra infancia,
cuando fuimos de la mano del abuelo
tras el toque del tambor para escucharla.
Una luz que va encendiéndose a lo lejos,
una mota de ilusión que rompe el alba,
la callada inspiración de los poetas
y del músico el soñado pentagrama.
El recuerdo sempiterno a los mayores,
una daga que se clava en las entrañas,
el latir del corazón acelerado
y la brisa que se duerme en la espadaña.
Los goteos de las velas en la ermita,
los rosarios que piadosos se desgranán
mientras arde en el sagrario Dios en vida,
mientras brilla el Monumento como un ascua.
Las pisadas sigilosas de los ángeles
que los lirios van rozando con sus alas
cuando bajan de las nubes entre cantos
para hacer ante la Forma eterna guardia.
Los suspiros de los fieles en el templo
cuando Dios en Cuerpo y Sangre se sustancia,
los acordes del armonio que llorando
vierte notas impregnadas de añoranza.
Los abrazos fraternales en la espera,
el consuelo del que reza en la distancia,
los recuerdos que se olvidan con el tiempo
que regresan a la mente esta mañana.
Las uvitas, los abrazos y las coplas,
el cuartel y las figuras, las plegarias,
o las cruces de los negros penitentes

que ahora cumplen las promesas sacrosantas.
La figura del Terrible bajo el arco,
los relieves de su cruz, su cara pálida,
o El brillante parpadeo de sus pupilas
que nos llenan de perdón y de esperanza.
Un repique que se acerca por las cuestas,
un fulgir de una bandera y las bengalas
y los llantos de metal de la trompeta
que te lanza con sus trinos una lágrima,
son los sones del nacer del Viernes Santo
y los rezos de emoción de la Diana.

Jesús Nazareno, el patrón de la Puente, el Terrible, bajará desde la cumbre a bendecir al pueblo. El sonido de las lágrimas se derramará lentamente en las filas de penitentes y hermanos que le siguen. Sonido de cirios y velas que lloran a su paso. Alfombra de lirios que el Nazareno pisa majestuoso.

¡Ay, Terrible de mi pueblo! Hace dos días sonreías a tus discípulos y amigos, ayer te vi con la mirada perdida, presintiendo lo que te esperaba. Y ahora eres un lirio tronchado. Pero tus ojos siguen irradiando amor, perdón y tranquilidad. Tu mirada es dulce, derrama comprensión ante los yerros de esos hombres que todos los días te vendemos por la codicia y la soberbia. Cuando caigas, la brisa del Genil te besará con cantos que saben a tradición. A tus oídos llegarán los rezos silenciosos de los que te acompañan. Hombres, mujeres, niños y ancianos junto al Cristo, el Hijo del Padre, que sabe dar luz a nuestras vidas. En cada vela una petición, un agradecimiento o una promesa. Y el sonido de las lágrimas de cera se convierte en el de las lágrimas de agradecimiento, de súplica o perdón de los que te alumbran el camino. Ayer, hoy y mañana, entrelazados en el amor a Dios a través de tu imagen bendita.

Hace unos meses, llegó a mis manos una revista antigua, de mediados del siglo XX, en la que un reportero entrevistaba a un devoto de Jesús Nazareno, Agustín Beltrán Labrador. Porque considero impresionante el testimonio de este hombre bueno, que vivió para hacer el bien, que quiso a la Semana Santa con toda su alma, os lo voy a leer:

«Vivo consagrado a Nuestro Padre Jesús Nazareno porque le debo tanto, que toda mi vida sería poca para vivirla en una constante acción de gracias. Ello data del Desastre de Annual, en cuya guerra actué como soldado durante tres años y cuatro días envuelto en los mayores peligros de los cuales siempre salí indemne. Él me protegió en todo instante y nuestro pueblo es testigo de cuántas veces le alumbré con mi uniforme de excombatiente de la guerra del 31(...) Soy su Camarero mayor y desde las primeras horas de la mañana, antes de irme al trabajo, hasta las últimas horas de la noche después de salir de él, permanezco a su alrededor, desde encenderle las luces a su primera misa hasta dejar cerrado el templo a los fieles que a diario le visitan...»

¿Qué hablarían Agustín y Jesús en la soledad de las madrugadas o en el frío silencio de la noche? ¿Qué secretos, qué antiguos favores, qué lágrimas no habría de llorar este Mananero Ejemplar a su Terrible? Las mismas que todos los que tenemos fe en los designios de Dios derramamos cuando lo reconocemos detrás de cada hecho de nuestras vidas, bueno o malo. -¡Hágase tu voluntad y no la mía!-, dijo Él a su Padre en Getsemaní. Por eso, en mis

sueños imagino a Agustín Beltrán colocando claveles o encendiendo los cirios del camarín, mientras habla con el Señor.

ORACIN DE AGUSTIN BELTRN

Dicen, Señor, que no eres
Más que un trozo de madera,
Una talla modelada
Por unas manos terrenas.
Dicen, Señor, que tu cuerpo
Indiferente se muestra,
que no existes ni en el Cielo
ni estás sentado a la diestra
de un Dios invento del hombre,
que eres sólo una quimera.
¡Dicen, Señor, que no eres
mas que un trozo de madera!
Y dicen los que no creen
que si eres Cristo de veras
que vendas tus vestiduras
para aliviar la pobreza,
que dejes el camarín
y que les cures las penas,
que dejes allí la cruz
para acabar con las guerras,
¡Lo mismo que te decía,
mientras te insultaba, Gestas!
¡Dicen, Señor, que no eres
mas que un trozo de madera!
Más por ser color del campo,
por ser pabilo en la iglesia,
por ser rezo en el altar
y pan y vino en presencia,
luz que se pierde en la tarde,
también la esperanza nuestra,
el anhelo del que llora,
el consuelo del que espera,
Y el que calma las pasiones
de las humanas tormentas
¡Tú no puedes ser, Señor,
mas que un trozo de madera!
Porque un día te llamé
y volviste tu cabeza,
porque me diste la luz
cuando estaba el alma ciega,
porque te he visto llorar
por los hombres con tristeza,
porque diste por nosotros
tu vida y tu sangre entera,
porque eres puntal de fe

y de la Puente bandera
¡Creo en ti, Jesús, porque eres
alma de Dios en la Tierra!

LOS SONIDOS DE LA NOCHE DEL VIERNES SANTO

Con la tarde se irá Jesús. Entonces la naturaleza callará en señal de duelo. Es la tarde noche del Viernes Santo la hora de los milagros. Porque, en Puente Genil, se producirá un hecho insólito: la Gloria vencerá a la Muerte disfrazada de derrota. Cuando Jesús vuelva a su ermita, el cielo se teñirá de púrpura, el rosicler será de rubíes ardientes y la luna, como dice la tradición apócrifa, llorará sangre, sangre de Cristo enamorado de perdón.

Cuando ya las luces sean una raya en el firmamento de Miragenil, cuando el primer lucero comience a titilar en la bóveda celeste, por la calle Aguilar bajarán Los Romanos con los plumeros de luto. Y al llegar a la calle de la Plaza, entre sombras, sus gallardas figuras se recortarán sobre la última luz que muere en el Paseo. En su bandera negros crespones, en los corazones luto y recuerdo. En sus botas color y cansancio, en los ojos las lágrimas de emoción. Por el éter mágico de la niña noche desfilarán los romanos que se fueron, las escuadras del cielo, que dicen que son de un color indescriptible que brilla como el sol mismo. Enardecidos por la presencia de los que ya no están, el paso será más marcial y la música más brillante. ¡Que vuestra bandera flamee al viento con orgullo, Romanos de mí pueblo, vieja raza de hombres grandes de nuestra Semana Santa, porque vuestro empaque, vuestra entereza y vuestro amor a las tradiciones bien valen un Imperio en la Gloria! Marchad, marchad alegres al son del “Gloria al Muerto”, desfilad bajo esa celada que os une al pasado, porque cada vez que vuestros estandartes flotan en el aire, estáis rezando a Cristo en la Cruz y besáis a la Madre rota de Angustias y Soledad.

Porque vuestra bandera es gloriosa, porque vuestra música es el sonido de la Victoria del Nazareno, porque vuestros corazones laten para que brille nuestra Semana Santa, sois el orgullo de Puente Genil. Una vez soñé que era romano en la procesión de la noche del Viernes Santo. Desde entonces, cuando el Grupo de Música interpreta el “Gloria al Muerto”, sólo puedo decir:

LAGRIMAS DEL VIERNES SANTO

Hay un mundo de emociones,
hay un mágico universo
debajo de la celada
de un romano en el encuentro
que sucede el Viernes Santo
entre procesión e Imperio.
Tras de la reja de oro,
tras ese túnel del tiempo
en que se enlaza el pasado
con los sentimientos nuevos,
se ve todo en la distancia,
como en luminoso sueño.
Luminoso, pues la luna
reina sobre el firmamento,

porque el cielo se recama
de platino sobre el negro.
Luces de cirios y velas,
de fanales sempiternos
que brillan como diamantes,
como vívidos luceros.
Luces blancas de bengala,
la luz rubí del incienso
y también las refulgentes
del metal y sus reflejos.
Suenan rancos los tambores
como coro del Infierno,
hay rechinar de cadenas,
vivas, abrazos fraternos
y saetas susurradas
a la Virgen por los céfiros.
La música se cimbreo
como el mimbre con el viento
y envuelve la noche entera
con su soniquete etéreo.
Lábaros flotando altivos,
el baile de los plumeros
que pasan junto a las flores
dándoles sutiles besos.
El color de los ropajes,
de martirios, nazarenos,
el son de la campanita,
la oración del bastonero.
Y allá, detrás de ese casco,
en el mundo de allá adentro,
donde a pesar del bullicio
todo es profundo silencio,
se va rezando a la Cruz,
a la Madre con Dios Yerto,
se rinden armas a Juan,
el discípulo sincero;
y a la Reina que sin lágrimas
va pregonando su duelo,
a la que, Sola en el mundo,
tiene en pedazos el pecho,
se le lanzan cuarteleras
y se le dice ¡te quiero!.
Allá, detrás de ese casco,
en el mundo de allá adentro,
donde, a pesar del color,
todo es un túnel del tiempo
donde se viven pasiones,
emociones y recuerdos,
se queda desnuda el alma,

recogida y en silencio
para escuchar que la brisa
va llorando el “Gloria al Muerto “.

Al morir Jesús tembló la tierra y el cielo se tiñó de negro. De la Plazuela de Lara bajarán los picoruchos emulando a la naturaleza agitada. Vienen con negros semblantes y puros en las bocas, que simulan los fuegos del Averno. Sus huecos tambores son el lamento del viento, los tormentos y el llanto amargo de las almas confusas. Apóstoles pontanos, admirada y señera corporación de añejas tradiciones, cuna feliz de saetas cuarteleras. Cuando el Demonio y la Muerte paseen su absurda victoria por las calles del Barrio Bajo, estaréis, como siempre, dando una lección magistral de rancia esencia de nuestra fiesta. Ser apóstol en Puente Genil imprime carácter. Porque apóstol se nace, se vive y se muere.

Cuando pasáis por La Isla tocando y cantando, la mente de este pregonero vuelve a la niñez para verse tras el manto de la Virgen de la Soledad, lugar sagrado en donde sabíamos los hermanitos que no se atreverían a entrar el Demonio y la Muerte...

LAS COLUMNAS

En la noche más triste los picoruchos
monorrítmicos sonen tocando
-Con semblantes de muerte, negros y oscuros-
que pausados se pierden por los espacios.
De sus recios tambores, las vibraciones,
de la muerte de Cristo son el heraldo,
y el latido asustado de los apóstoles
que se esconden hundidos, llenos de espanto.
Por las calles deambulan y entre las sombras
de sus talles de luto vienen bailando
dos figuras siniestras y aterradoras:
El Demonio y la Muerte que encadenados
se jactan de ser dueños del viejo mundo.
De su reino el tridente y el afilado
perfil de una guadaña son atributos
con que esgrimen la fuerza de su mandato.
Las cadenas rechinan, ellos se mofan
de que han vencido al Cristo crucificado
y recorren las calles con risa y sorna
saltando y dando gritos, burla y sarcasmo.
A su paso los niños gritan y corren
o cogen de sus madres las suaves manos;
¡Quien no ha huido corriendo de los tambores
no ha vivido la esencia del Día Sagrado!
con traza aflamencada, sentida y honda
de las filas confusas de encapuchados
surge limpia y pausada la voz que ora
saetas que se clavan como los dardos.
Es la voz del pasado, la añeja esencia,
es el grito del orbe que está llorando,

y el fulgor de la luna sobre la tierra
es la luz que ilumina el soñado arcano.
Es el grito de angustia de aquellos hombres
que dejaron a Jesús abandonado
y que quieren cantándole, en esta noche,
ofrecer sus plegarias para acunarlo.
Duerme Cristo en el lecho de su victoria
la espera que los sabios profetizaron,
suena lenta y pausada, grave y monótona,
la oscura melodía que va llenando
los espacios de sombras y de tinieblas,
las paredes de gritos y de quebranto.
Duerme Cristo, con pena llora la tierra,
y se esconde la luna, duda y recato;
¡Benditas las columnas de nuestra Iglesia,
benditos apóstoles encapuchados
que llenáis con los sonos de brisa etérea
la noche misteriosa del Viernes Santo!

Si Shakespeare hubiese estado en Puente Genil, seguramente hubiera descrito la procesión de la noche del Viernes Santo como “El sueño de una noche de primavera”. La luna es un doblón de plata prendido al firmamento y los celajes que la rodean semejan el cendal en el que envolvieron a Jesús durante los tres días que duró su descanso antes de la Resurrección. Esta noche La Isla está de luto alegre porque su Reina camina entre flores por las calles. Las mujeres se apiñan con sus velas alrededor de la Madre, cantando el “Rosario de la aurora”. Los tres Grupos entonan saetas coreadas. Los bastoneros la llevan como en una nube, flotando casi, para no aumentar su dolor. Suena el crujir de los varales y el metálico entrechocar de las bambalinas. Es el sonido del silencio.

A tu lado estaré mientras Dios me de fuerzas, Virgen de la Soledad, en esos sublimes instantes. Treinta y cinco años junto a Ti en la noche mágica compartiendo fila y devoción con los hermanitos de mi infancia. Y veinticinco años compartiendo cuarteleras, ilusiones, amistad, alegrías, penas y amor hacia tu Imagen. Bajo tu manto nos escondíamos de chicos cuando llegaban el Demonio y la Muerte. En tu mirada buscamos refugio ahora cuando, ya mayores, volvemos año tras año a renovar nuestra promesa de hermandad. Tú eres el pañuelo de nuestros fracasos, el puente de unión de nuestros corazones, el remanso al que volvemos para encontrar el calor de las mismas cosas de siempre. Tú eres el impulso que nos mueve, la fuerza que nos levanta de nuestras caídas. Tres veces cayó tu Hijo; cuantas veces caigamos, tendremos el consuelo de tus manos anhelantes. ¡Bendita Tú entre las mujeres, Virgen de la Soledad, porque a la luz de tu llamada reverdeces en nuestros corazones la pura ilusión infantil de aquel cuartel romántico de paredes desconchadas, de cuarteleras repetidas mil veces, vino escondido en un hueco de la escalera y de desfiles nocturnos por el puente del Genil! ¡Bendita tú, Virgen de la Soledad, porque mantienes viva la llama del amor puro, sin ambages ni intereses! Tu sonido de silencios rotos es el de la hermandad duradera, Madre de la Isla.

¿Quién te hizo, Madre mía, quién fue capaz de reflejar en tus manos la crispación del dolor, en tus ojos la pena más profunda y en tu cara la belleza infinita?

¿Qué querubes puso Dios
en tus ojos y en tus manos,
qué sentimiento imprimió
en tu alma de artesano
para que limpia naciera,
con sencillez y dulzura,
la imagen hecha belleza
de la forja de tu gubia?
Dime qué verso buscabas
soñando en tu inspiración,
qué blanco matiz del alba
tu sentimiento captó.
¿Buscabas sobre las nubes
un rallo de sol perdido
entre las ondas azules
del universo infinito,
quizás reflejos lunares
en los remansos del agua
o las canciones del aire
entre las paredes blancas?
¿Qué querubes puso Dios
en tus ojos y en tus manos,
qué ángel del Cielo bajó
para modelar un árbol,
qué paisaje vio tu mente,
qué música oyó tu oído
quizás una selva verde
O la sonrisa de un niño...?
¿Buscando una luz de estrella
hallaste una negra rosa
y nos dejaste en La Isla
un trocito de la Gloria!

EL SONIDO DEL CORAZÓN

Cuando en la tarde primavera de 1991, entre copas de nuestros vinos y olor a frescas riberas, sellé con mi hermano Rafa Sánchez un pacto de sangre para desempolvar y enriquecer, en la medida de nuestras posibilidades, la tradición de la música coral de la Semana Santa de nuestro querido pueblo, no nos dábamos cuenta de que estábamos volviendo a repetir lo que hicieron otros a lo largo del tiempo. Y no fue otra cosa que dejar fluir por el éter al último de los sonidos, el que resume y engloba a todos los demás. Es el sonido del que reza, del que canta, del que borda, del que pone flores, del que limpia el paso, del que desfila, del que alumbrá, del que porta la imagen sobre su espalda, del que añora, del que llora, del que recita, del que ríe con sus hermanos de corporación,... del que sueña con engrandecer, con su granito de arena, nuestra inigualable Semana Santa. Porque Dios quiso llamarnos para que continuara la labor que otros iniciaron, queremos terminar dejando constancia de ese sentimiento, de ese sonido que por ser puro es el más fuerte, por ser sagrado es eterno y por ser nacido del amor a Dios, a su Hijo nuestro Salvador, a su Madre bendita y a la Tradición de La Puente, no tiene dobleces. Desde ese amor te pedimos que vuelvas a nosotros tu mirada, Jesús Nazareno. Haz que el Mundo sea como el de nuestra Semana Santa: llénalo de amor fraternal, de paz y de

hermandad entre los hombres. Permítenos, Señor, a tus hijos de Puente Genil, que llegada nuestra hora sepamos, como el Buen Ladrón, volver la vista a Ti para decir abrasados de amor: ¡En ti creo! Y a nosotros dos, tus románticos seguidores, permítenos seguir escuchando a lo largo de los siglos, desde el lugar que nos tengas reservado, lo que en tu honor compusimos. Así, hasta la eternidad seguirá oyéndose lo más sagrado que nos diste para nuestra tierra: **EL SONIDO DEL CORAZÓN.**

PLEGARIA DEL BUEN LADRON

Porque de un árbol bajó
el pecado al ser primero,
subiste al árbol, Señor,
en holocausto sangriento.
-El más grande de los reyes
hizo de la cruz el cetro
que redimiera la muerte
y gobernara su Imperio!
Ibas de aquella manera
a morir entre convictos:
Gestas gritaba blasfemias;
Dimas, sabiéndote Cristo,
tu amor humilde imploró
arrepentido y sumiso;
y Tú, omnipotente Dios,
lo llevaste al Paraíso. ´

Tenor: Rafael Sánchez.

Barítono: Carlos Delgado.

Carlos Delgado Álvarez de Sotomayor - Puente Genil, madrugada del 11 de marzo de 2005

Quinario de Jesús Nazareno

Plegaria del buen ladrón
 Pregón de Semana Santa 2.005

Letra: Carlos Delgado
 Música: Rafael Sánchez

Adagio

TENOR 1º
 POR QUERERUN AR - BOL BA JO EL DE GADOL SER PRI - ME - RO SU MIS - TEAL AR - BOL SE

TENOR 2º
 POR-QUEERUN AR - BOL BA JO EL DE GADOL SER PRI - ME - RO SU - MIS - TEAL AR - BOL SE

ROR SU - MIS - TEAL AR - BOL SE NOR EN HOLO CAUS TU SAN GRION - TU

ROR SU - MIS - TEAL AR - BOL SE NOR EN HOLO CAUS TU SAN GRION - TU EL MAS

EL MAS GRAN - DE DE LIS RE - VEN HO - RO DE LA CRUZ EL CE - TRO QUE RE - DI - MIE - RA LA

GRAN - DE DE - LIS RE - VEN HO - RO DE LA CRUZ EL CE - TRO QUE RE - DI - MIE - RA LA

MUER TE QUE RE - DI - MIE - RA LA MUER - TE Y GO - BER - NA - RA SUSA PE - RO

MUER TE QUE RE - DI - MIE - RA LA MUER - TE Y GO - BER - NA - RA NINA PE - RO

I - BAS DEA - QUIS LLA MA - NE - RA A MO - RIR EN - TRE CON - TIC - TUS GRS - TAY ORI - TA - RA BLAV

I - BAS DEA - QUIS LLA MA - NE - RA A MO - RIR EN - TRE CON - TIC - TUS GRS - TAY ORI - TA - RA BLAV

FE - MEAS DI - MAS SA - BIEN DO - TE CRES - TO TUA - MOR NU - MIL - DREM - PLO - RO

FE - MEAS DI - MAS SA - BIEN DO - TE CRES - TO TUA - MOR NU - MIL - DREM - PLO - RO

TUA - MOR NU - MIL - DREM - PLO - RO A - RRE - PEN - TI - DOY SU - MI - SO Y TUM NI - PO - TEN - TE

TUA - MOR NU - MIL - DREM - PLO - RO A - RRE - PEN - TI - DOY SU - MI - SO Y TUM NI - PO - TEN - TE

DIUS Y TUM NI - PO - TEN - TE DIUS LO LLE - VAS - TEAL PA - RA - I - NO Y

TUM NI - PO - TEN - TE DIUS LO LLE - VAS - TEAL PA - RA - I - NO Y

TUM NI - PO - TEN - TE DIUS LO LLE - VAS - TEAL PA - RA - I - NO

TUM NI - PO - TEN - TE DIUS LO LLE - VAS - TEAL PA - RA - I - NO

Rafael Sánchez